



PRECIOS DE SUSCRICION: MADRID, un mes, 6 Ptas. PROVINCIAS, trimestre, la suscripción directa, 24; por correspondencia, 30; EXTRANJERO y ULTRAMAR 60.

INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO.

OFICINAS DEL PERIÓDICO: Colegiata, 6, principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios á real línea.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Las oficinas de EL GLOBO quedan instaladas en la calle de La Colegiata, núm. 6, principal, á donde se servirán dirigir toda la correspondencia nuestros suscritores y correspondientes.

NUESTRO GRABADO.

Representa el de hoy una de las ciudades manufactureras más ricas de los Estados-Unidos, á pesar de las profundas crisis económicas que ha sufrido y de los terribles incendios que no há muchos años destruyeron sus edificios más notables, entre los cuales, si mal no recordamos, llegaron á contarse 930 casas de comercio, 60 particulares, 21 de banca, 46 en que se hallaban instaladas compañías de seguros y 27 oficinas de periódicos.

Boston es capital del Estado de Massachusetts, y está situada en una hermosa bahía, con buen puerto, bellísimos establecimientos oficiales y particulares, grandes academias y lujosos círculos de recreo, y mucho comercio interior y exterior por canales y ferro-carriles. Sus calles están formadas de edificios ricos, elegantes y artísticos; las de Franklin, Hawley, Water y otras, son verdaderamente suntuosas.

El patriotismo de los anglo-americanos, su actividad industrial, su genio comercial, su amor al trabajo, las grandes riquezas de ciertas empresas y aun las fortunas particulares, todo ha servido para devolver á Boston en breve tiempo su magnificencia y esplendor.

SEMANA COMICA.

Las mujeres españolas están dando la última mano á su tocado. La máquina fotográfica las espera; el sol afila sus lápices para dibujarlas con la mayor perfeccion posible; y un álbum hospitalario les reserva sendas hojas, no ya de servicios, sino de belleza. El álbum será remitido á la Exposicion de París, donde el mundo entero podrá pasear su curiosa mirada sobre aquellos rostros de cartulina.

Las fisonomías animadas, enloquecedoras, divinas, que la casualidad suele arrojar á nuestro pasó por las calles de la capital, como la Providencia desplega un oasis ante el fatigado caminante del desierto; que nos hacen soñar en cosas irrealizables, que levantan ambiciones en nuestro pecho; que nos inspiran inexplicables esperanzas y remueven hasta el último glóbulito de nuestra sangre; fisonomías que quisieramos guardar como una joya en su estuche—pero con muchos diamantes, por supuesto,—á cuyos mandatos obedeceríamos como míseros esclavos, cuya sola indicacion sería bastante para que emprendiéramos los trabajos más áridos y realizáramos las más atrevidas empresas; ojos luminosos, lá-

bios granadinos, dientes perlados, seno de nieve, todo esto miniaturado en una tarjeta *bristol*, de frente ó de perfil, se verá expuesto en una de las salas de la próxima Exposicion francesa.

Aquella mujer que tal vez bajaba los ojos si la mirabais con insistencia, que quizá se ruborizaba si conocia que os ocupabais de ella, arrostrará allí impasiblemente las frias observaciones del yankee, las estáticas complacencias del alemán y las procazes miradas del parisién corrompido. Habrá inglés que copie en su cartera el perfil de la nariz de la mujer expuesta, las curvas de su frente ó las líneas laberínticas de su oreja; y acaso no faltará príncipe de tribu antropófaga que condense su admiracion en esta frase: «Me la comería!»

Un hombre singular y digno de aplauso, que posee un gran caudal de ciencia en los estantes de su establecimiento, tuvo un día el proyecto colosal de levantar una especie de museo donde pudiera la posteridad estudiar la vida y el corazón del sexo femenino.

Este hombre es el editor Gujarró; y digna de todo encomio es la obra emprendida por él, bajo el título de *Mujeres españolas, portuguesas y americanas*.

Penetró con llave de oro en los gabinetes de trabajo de nuestros escritores más notables, diciendo á cada uno de ellos:

—Busco una mujer; pero una mujer analizada, autopsiada; una mujer vista por fuera y por dentro, que se pueda volver del revés como una media, sin dejar por eso de estar viva. Y por todos estos milagros que de usted exijo, ahí van unos billetes de Banco para que el estudio sea más llevadero.

Y Castelar, con su frase afiligranada; Alarcón, con su original estilo; Castro y Serrano, con su agradable forma; Selgas, con sus paradójales conceptos; y cada cual, en fin, imprimiendo á su trabajo la peculiaridad del propio talento, se presentaron ante el mundo entero con la obra monumental, en cuya portada podrian grabarse estas palabras: *¡Boca mujer!*

Pero esta exposicion del libro, palpitante, animada, llena de verdad y de movimiento, no le basta á la mujer española. La enumeracion de sus cualidades, de sus virtudes... ¡bah! eso ¿qué importa! ¡Virtuosa puede serlo una pelafustana cualquiera! ¡La mujer de cara más horrible puede poseer cualidades morales que la hagan muy apreciable! No aspira al premio de la virtud, sino al lauro de la belleza.

Proclámenla reina de la hermosura... y todo lo demás es cosa baladí y de poca monta. Hay, sin embargo, otro objeto de mucha monta. La peineta española.

Todas las artes pueden encontrar en este antiquo ornamento de la cabeza femenil espacioso campo para esgrimir en él las armas de su ingenio.

En estos tiempos en que el furor de las exposiciones domina en todos los espíritus, causaría gran efecto anunciar que la peineta de tal ó cual señora sirve de local, digámoslo así, para establecer en ella una exposicion permanente de escultura. Sobre aquella masa córnea ó concóidea, podrian ir sucesivamente, por riguroso turno de presentacion, labrando los distintos escultores de nuestra patria los grupos estatuarios que más se acomodasen á sus inclinaciones.

Concluida la obra, la ilustre portadora se pasearía todos los dias durante un par de horas, á pié, por la Fuente Castellana, siendo blanco de la admiracion de los inteligentes, y proporcionando á sus amigos juegos de palabras como el siguiente:

—Adelantemos el paso, que veo por allá arriba á la marquesa II que está *expuesta*.

Las que desearan hacer gala de costumbres morigeradas, podrian mandar grabar en su peineta aforismos morales en relacion con los vicios dominantes. Así, por ejemplo, cuando algun impertinente se acercase á cualquiera de ellas con intencion pecaminosa, la ofendida dama podría levantar la mano hasta la altura de su peineta y exclamar:

—Caballero, tenga usted la bondad de leer la máxima número tantos.

Lo que yo quisiera que alguien me revelara, es el móvil que determinó en nuestras elegantes damas la exhumacion de la histórica peineta. ¿Será el patriotismo, como algunos aseguran? Hasta que mejores pruebas no lo confirmen, yo tengo el derecho de ponerlo en duda. O por lo ménos, es preciso convenir que podrian haber hallado con los hechos históricos de nuestros progenitores; rasgos más notables para simbolizar su españolismo.

Las mujeres de Numancia, creo que fueron españolas ántes que las contemporáneas de aquella célebre reina que prodigó sus favores á Godoy el favorito.

Pues bien; yo apuesto la cabeza á que si el inventor del aceite de bellotas, en ultteriores miras,

hubiese ido de calle en calle como Pedro el Ermitaño, gritando:

—Es necesario que se reproduzcan los tiempos de Numancia. No pegaremos fuego á la capital, porque no estamos asediados por los romanos; pero de hoy en adelante den todas las mujeres ejemplo de españolismo, imitando á aquellas célebres matronas que demostraban su desesperacion mesándose y arrancándose los cabellos. Salgan en lo sucesivo nuestras damas sin pelo alguno en la cabeza, y harán ver al mundo entero que son dignas, aunque lejanas hijas de las indomables numantinas.

Apuesto la cabeza—repite—á que el innovador se hubiera desgañado en balde; sus palabras no habrían producido el menor efecto. Y eso que la mayor parte de las mujeres, al deponer las abundosas cabelleras, no hubieran sacrificado nada suyo, ni habrían sentido dolor alguno al *arrancárselas* de su cabeza.

Yo me represento en el acto de su atavío á la primera mujer que tuvo el atrevimiento de ostentar de nuevo en público la peineta.

La veo delante del espejo, disgustada del sombrero francés, cansada de los peinados de los figurines, y deseando en su imaginacion algo nuevo que realzara su artística cabeza.

Entonces, quizá dirigió una mirada indiferente sobre algun retrato de la época de Goya, y una repentina chispa de luz brotó de su cerebro.

—¡Vaya!—dijo;—yo habia de estar encantadora con una peineta semejante.

Y una vez despertado el deseo, la realizacion se hizo esperar poco.

Después vinieron los razonamientos secundarios, fundados en una palabra que sirve para corroborar todas nuestras acciones: la palabra *precisamente*.

*Precisamente* conservo una preciosa peineta de concha, que estrenó mi abuela para asistir á una corrida de toros.

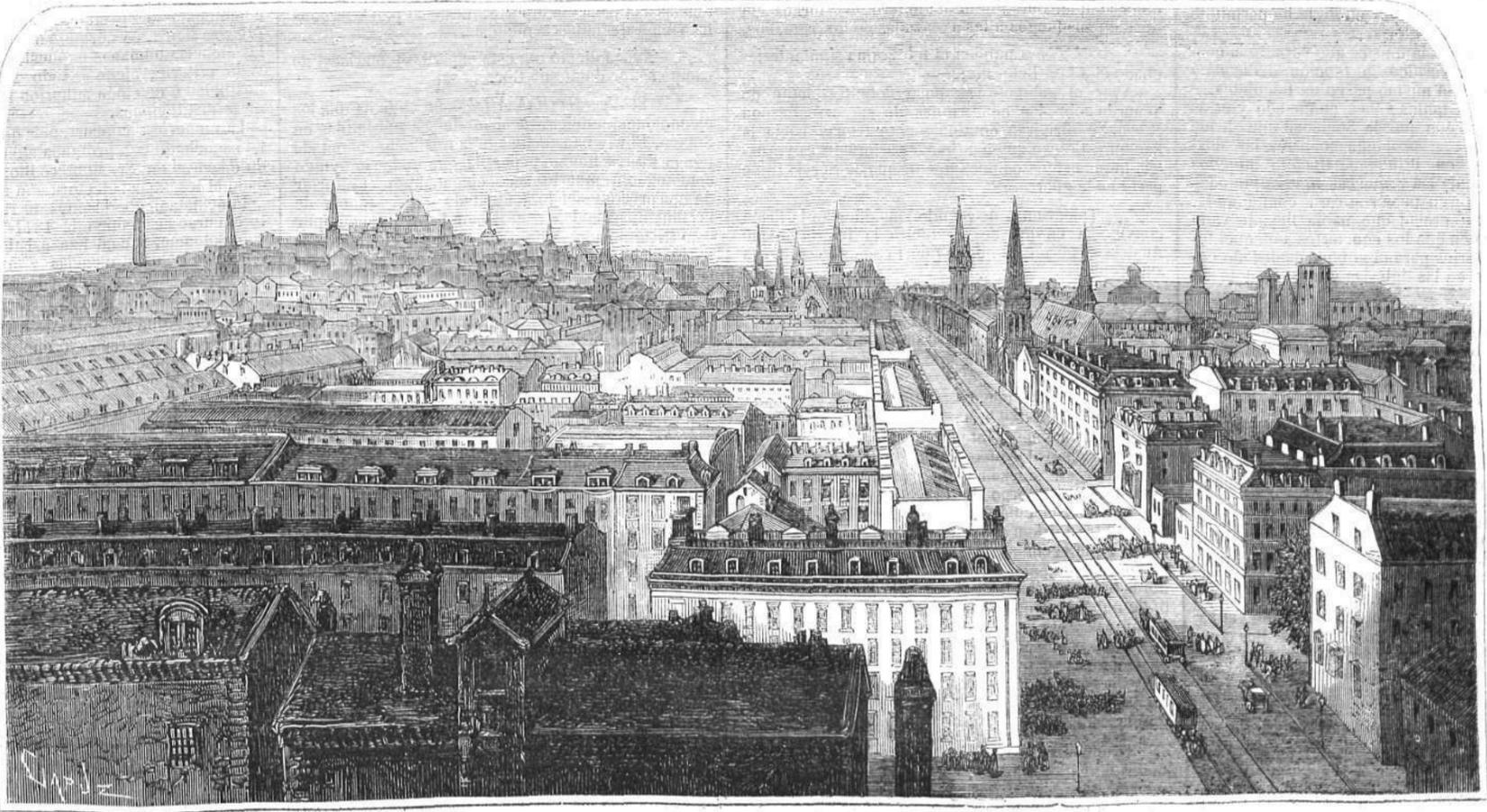
*Precisamente* yo sé llevar con mucha gracia la mantilla.

*Precisamente* mi pié es pequeño como el de una andaluza.

*Precisamente* este traje corresponde á la idea de españolismo que dominó la otra noche en la *soirée intime* de la condesa.

Y al día siguiente, la patriótica dama lucia en la Castellana su monumental peineta, su calada mantilla y su zapato con galgas.

Y mientras se acordaba quizá de la planchadora



BOSTON.—Vista tomada desde la calle de Tremont, cerca de CHESTER-PARK.

de París que no le remitió á tiempo la ropa blanca, ó encargaba á su lacayo que fuera á la librería de Bailly-Baylliere á recoger la última novela de Ernest Feideau, y saludaba á sus amigos diciéndoles *adieu, au revoir*, la gente superior que por el paseo discurría contemplábalas como á la representación genuina del patriotismo, como el monumento viviente erigido en honor de las glorias nacionales. Dires que me ensañó con la peineta contra tiempo y sazón. ¡Ah! sí; la aborrezco como el búlgaro odia la cimitarra turca que puede quitarle la vida. Yo sé que la peineta es un adorno característico, irresistible en las españolas; sé que las que